LA DIGNIDAD HUMANA, RAÍZ Y CENTRO DE LA DISCUSIÓN BIOÉTICA

Los problemas que analiza la bioética en las últimas décadas, tanto si se trata de las implicaciones de los avances de la ciencia para el beneficio del propio hombre, en los temas más problemáticos del origen y final de la vida, como en lo referente a una bioética social y medioambiental, llegan siempre a un punto de encuentro: el concepto de dignidad humana, tan apelado en todos los discursos, quizá por obvio. Sin embargo, sigue siendo, con mucho, la pregunta del hombre por el hombre, el discurso de los sabios, la reflexión inquietante de todo hombre sensible, en la búsqueda de soluciones que permitan alcanzar la felicidad como un todo.

Y es que cuando se pone de manifiesto la problemática del embrión humano, las consecuencias de las técnicas de reproducción asistida, la clonación con fines terapéuticos, algunas implicaciones del diagnóstico prenatal, el aborto, el tratamiento de la mujer embarazada, que pone en juego el desarrollo de otra vida, queda muy difícil extrapolar los conceptos clásicos de dignidad humana: ceñida en la mayoría de los casos a cualificarla y caracterizarla en términos de racionalidad, voluntad, inteligencia, interrelación con el otro, autonomía, elección moral, sentimientos. Entonces, el problema es más complicado, porque estas características para ese momento de la vida son intangibles, son potencia, y por eso el análisis va más profundo, de la mano de la búsqueda del *concepto del ser*.

Y sobre ese, *el ser*, es en el que se ve viable el diálogo y la aproximación para la toma de las difíciles decisiones a las que el hombre de ciencia, con sus maravillosos hallazgos, que devela día a día, ha puesto a los otros hombres. A los del común, que deben apropiarse de las decisiones en su realidad personal; a los que legislan, a los profesionales de la salud, que ven desmoronarse sus principios deontológicos de siempre, para que cada uno pueda decidir, de una manera razonable y coherente con sus principios morales y éticos, sobre lo que atañe a la vida humana.

Pareciera más entendible el concepto de dignidad humana en tales términos, para la problemática del final de la vida: la persona que se enfrenta a una enfermedad avanzada, sin posibilidades razonables de curación, que debe ser atendida con el máximo esfuerzo posible para brindarle calidad de vida, aun al final de su vida, y que requiere acompañamiento cálido y respetuoso en el proceso de morir. Aquí, la dignidad humana puede verse sometida a condiciones quizá devastadoras, para quienes la definen en términos de autonomía, voluntad, racionalidad, independencia.

El problema radica en que cuando esas características pueden estar limitadas, muchos le encuentran coherencia a postular y a clamar que la eutanasia y el suicidio asistido deben convertirse en “opciones”, en pro de una “dignidad” así entendida, lo cual lleva a las sociedades a legislar en este sentido, y a los profesionales de la salud inclusive a considerar esas decisiones “éticas” en razón de un concepto de dignidad humana, reflejo de una sociedad que se quedó en lo material, en lo circunstancial, que se dejó envolver. Que busca sin descanso unos valores y unos conceptos de calidad de vida, que difícilmente podrá sostener en una sociedad global tan desigual. Tomar como válidos tan solo esos conceptos de dignidad, y adoptar decisiones basadas en ellos, nos llevará no solo por una “pendiente resbaladiza”, sino que nos arrastrará hacia los precipicios más profundos, los de la confusión y la oscuridad, donde no habrá diálogo posible.

Las circunstancias que envuelven el final de la vida adquieren una dimensión y una percepción diferentes para quien las vive, y no por ello se pierde la dignidad de hombre. Hay muchas posibilidades para aminorar el sufrimiento, que de por sí es inherente al ser humano; ellas no lo degradan y pueden hacer vivible su existencia, acorde con su dignidad humana. En el caso del final de la vida, por ejemplo, promover, desarrollar, impulsar el cuidado paliativo.

El dolor, el sufrimiento o las condiciones que limitan las capacidades intelectivas, autónomas o de interrelación, traen en cadena una gama de acciones y de movilización de los otros, en actos solidarios de ayuda, de cuidados al máximo, de comprensión, de apoyo, y las mismas no se producirían si no estuviese allí reflejada la dignidad humana, atributo del *ser del hombre*.

El concepto de dignidad humana es trascendente, no se puede reducir a lo tangible. Es propio de todos los seres humanos, independientemente de las circunstancias y el momento que les corresponda vivir. No está supeditado a ello. La dignidad humana no está estratificada, no se tiene más o menor dignidad porque se viva una realidad u otra, está inscrita en el ser del hombre. De ahí los grandes esfuerzos por respetar al ser humano en todas las circunstancias de la vida. Por eso nos repelen a todos los hombres los atropellos de la guerra, las injusticias sociales. Por ello, no vemos tan claro que haya vidas que no merezcan ser vividas, bajo la premisa de que carecen de dignidad. No hay vidas sin valor vital, no existen vidas sin dignidad humana. Esta se conserva, así el hombre, en su obnubilación y en su error, atropelle al otro, pues su condición de humano y su estado de dignidad siempre están ahí.

Francis Fukuyama, al intentar dilucidar el concepto de dignidad humana, que denomina Factor X, expresa: “Lo que la exigencia de igualdad de reconocimiento implica es que, cuando se despoja a una persona de todas las características contingentes y accidentales, perdura en ella cierta cualidad humana esencial que merece un grado mínimo de respeto”¹. Y prosigue: “El Factor X es la esencia del hombre, el significado más básico de la condición humana; si todos los seres humanos son de hecho, iguales en cuanto a su

dignidad, entonces X debe ser una característica poseída universalmente por ellos”².

El diálogo, en las encrucijadas que el mismo hombre se pone cada día, debe ser respetuoso del otro, en razón de su dignidad humana. Mientras la dignidad humana no haya sido valorada en su justa dimensión, las decisiones de la humanidad, en su develar de la existencia diaria, así sean dolorosas para el mismo hombre, deben ser tomadas con niveles altos de racionalidad, con los mayores esfuerzos de trabajo intelectual, respetuoso de las ideas del otro, de sus creencias, de sus valores, con gran desapasionamiento intelectual y de creencias. El ser humano debe ser, ante todo, amoroso del otro, por su condición de hombre y su dignidad humana.

La bioética se está atribuyendo una responsabilidad que tiene de bueno la capacidad de diálogo, el acercamiento a las múltiples posibilidades transdisciplinarias que hoy posibilita la ciencia, pero está corriendo el riesgo de quedarse en un discurso *light*, si se reduce a aceptar todo dentro de una neutralidad pasmosa, donde todo es posible, todo es permitido, hasta violentar los principios fundamentales del ser del hombre, e ignorar o transar con posturas que minimizan el concepto de dignidad humana, máxime cuando esta está en la raíz y el centro de la problemática que con vigor ha venido apropiándose la bioética.

El discurso tendrá que permear con más fuerza hacia unas bases antropológicas, filosóficas y de los nuevos aportes de la misma ciencia. Sin embargo, a veces pienso que solo el día que podamos mirar a ese otro con su verdadero rostro, y no como multitudes sin rostro, lograremos comprender la verdad que hay tras la dignidad humana.

María Helena Restrepo R.

¹ Fukuyama, Francis. “La dignidad humana”. En: *El fin del hombre. Consecuencias de la revolución biotecnológica*, Barcelona, Ediciones B, S.A., agosto del 2003, pág. 243.

² *Ibid.*, pág. 244.